

Exilio y transtierro

Cierro los ojos para poder recuperar, en lo posible, la mirada mayor de los adentros. Y conseguir, en parte al menos, que mi evocación y reflexiones, ¡ojalá sean, a pesar de mi limitación, fidedignas, constituyan, meramente, un emocionado, personal testimonio, de todo un avatar histórico!

Este turbulento y desalmado medio siglo, notorio es que ha determinado las vidas y las actividades —o pasividades...— de una compleja y diaspórica sociedad humana y configuró, para siempre, nuestro particular existir. Una y otra significación, que consideramos tangibles, suscitan un «fenómeno» sin términos comparativos. Que, además, aquí adviene el dolorido sentir cuando no reproche amagado, no ha logrado el cabal reconocimiento, globalizador e individualizado, sistemático, sobre todo en el transcurso del cambio democrático formal, a la española, ya que, por lo común, en estos pagos se ignora o menoscaba o se hiperboliza, mor de lo coyuntural, la trascendencia y enraizamientos que se implantaron, inaugurales, en las relaciones instrumentadas que proceden de la imperial y «evangélica», explotadora y detentadora también, conquista de la época. Deplorablemente estudiada y apreciada en el período de la colonización virreinal, que suele relegarse, y en los procesos de independencia donde se conjuntan el caciquismo ibérico originario y la correlativa estructura tribal —por veces excrecencias de los desnivelados tiempos precolombinos.

A resultas de impuestos tópicos y del conformismo que acarrear las situaciones distorsionadas, indulgencia pido para estas palabras preliminares. Avancemos, pues, merced a experiencias en mí grabadas.

El 13 de junio de 1939, ya ejerciente un sol plenario, expandido vaho de trópico, aún con la hora, encapotada a flecos, del cercano mediodía, atestado de manifestantes obreros y banderas de recepción el muelle principal, desembarcamos en el puerto de Veracruz. Formábamos la primera expedición colectiva de republicanos españoles que se acogían a la generosa y lúcida hospitalidad cardenista. Estimábamos ya que habíamos dejado de ser apátridas y se nos incorporaba, en lo jurídico asimismo a un destino social que se distinguía por una presunta nota de inmediatez y nuevo vivero, confirmable o no, de esperanzas. Empezarían a cicatrizar las heridas de la injusta derrota. A ello había de contribuir el deslumbramiento de los para nosotros estrenados paisajes y la vasta extensión territorial en ciernes, dilatación de horizontes, las peculiaridades, allí y entonces nativas, las inflexiones modales, costumbristas, de la lengua común, inteligible hasta en sus tipismos.

De consuno, lo que sí representaba un desafío mayúsculo, debíamos dialogar, entendernos, con una población, ajena, por lo pronto, a nuestros conceptos y predicados

existenciales, de una trayectoria nacional a identificar, máxime por tratarse de un pueblo, sustentado, real y atmosféricamente en sus rastros y circunvaladoras presencias de sus básicas y enjundiosas culturas prehispánicas, caracolas de simbolismo.

Se producía esta necesaria e insoslayable coincidencia, en el careo, roce y desciframiento gradual de unas psicologías caracterizadoras, vertebradas en comarcas y ciudades de diferente entidad, al margen de que las ciñese la misma bandera tricolor y el complejo proceso de independencia, signado por su raigal, importada condición decimonónica.

Emancipación de los lineamientos y prerrogativas peninsulares, encabezada por la regiduría de los «criollos», con sus avezadas sinuosidades dirigentes y destrezas campiranas de «mano izquierda», amén de sus dotes retóricas, del señoreado lenguaje, normativas de los estatuarios «próceres», que nos han resucitado ahora, en captaciones penetrantes, Roa Bastos, García Márquez y Aguilera-Malta, entre otros intentos literarios, analíticos y descriptivos.

El «criollaje»: quizá por inercia y prejuicios estamentales se ha decantado a los ya mestizos, más que hacia los restos indígenas, fundacionales de su estirpe. Uno empezaría, de manera fluida e integradora, como una cotidianidad, parecida pigmentación, por lo común, con mayor impronta del acento mexicano, aparte de los acaudalados o de aquellos enquistados, estratégicamente, en la burocracia. Al principio, hasta no desvelar, parcialmente, sus idiosincrasias, nos «unía» —y no es paradoja— un impalpable muro de incomunicación. Relativamente pronto estableceríamos las reglas de nuestro juego y de una familiaridad, siempre respetuosa, cordial, no exenta de códigos ceremoniales. Al escribirlo hoy, en remembranza, más que una formulación de insinuada teoría, pseudosociológica, resurge la pulsación de índole humana.

Algo emparentado ocurriría, si bien más asentado y con halos enigmáticos, ante el fenómeno —en el país de los míticos volcanes, en majestuosa inhibición, señeros— más diversificado y latentemente conflictivo, de las personalidades y su abigarrado cortejo mestizo que nos planteaba, con subyacido apremio, una indagación y contactos y observaciones rigurosos.

A cuestras con el que llamaríamos arcano, en sus caparazones ensabanados, los indígenas en puridad. Protagonizaban —y en el presente creo que se proyecta— un fatalismo sólo epidérmico, una táctica su actitud adormecida, que se convertirá en tópico decorativo, turístico en su acepción de tránsito y superficialidad, homologable a las figurillas, de madera barnizada, en la deleznable parodia de pátina, de los Quijotes, aptos para extranjeros.

Las tres vertientes —de tradiciones, juicios y prejuicios, espiritualidades, morfologías— ¿no son sólo simples indicios de individualización?

Los rasgos y enjundias de un caso, lo ordinariamente válido, amenaza convertirse, a martilleo de repeticiones, en ignorante espejismo público y en general confusión histórica, desinterés al canto, en lo que atañe a las naciones de su estirpe. Salvo abnegados voluntarios y algún que otro especialista, los vínculos proclamados por la República, en un artículo constitucional de la doble nacionalidad hubieran impedido los verbales fraudes inmanentes a la dictadura y sus prácticas embaucadoras, respecto a los iberoa-

americanos que, salvo lo comprobadamente delictivo, a nuestro suelo accedieran. Fijada la atención, antes y quizás ahora, a partir de la transición, a muy tipificadas esferas oficiales. ¿En qué profundidad y dimensión se habría informado, con los antecedentes precisos a la opinión y a los organismos administrativamente capacitados y susceptibles de permisividad? Y propiciar una afinidad, unos nexos, que una burocracia regenerada realizaría.

...En una de sus estampas, sarcásticas, amargas, pinta Max Aub el repique digital de los refugiados, hasta perforar el mármol o la madera, del velador, en espera de que se produjese, un ayer nocturno, como un don milagroso, la muerte del dictador (¡Qué irrisión denominarle todavía hoy, «Jefe del Estado», en un vergonzante pretérito, asaz imperfecto!) proporciona gráfica y sesgada idea acerca de la irrupción de los exiliados transterrados en los cafés, a la sazón en calles muy céntricas del Distrito Federal. Envueltos por nubes tabaqueras, carraspeadas toses y con vocerío «golpeado», término que responde a un adjetivo mexicano peyorativo, sobre el hablar celtibérico, a un dicterio antigachupinesco que con reiteración transpiraba Valle-Inclán en *Tirano Bandejas*, los republicanos españoles de varios desembarcos, unos en situación de expectantes destinos y proyectos en cocción, los demás —mayoría— partícipes ya, activamente de la vida urbana, industrial y comercial, empleónoma de la actualizada Nueva España, con un trasfondo de intercambiadas nostalgias y reniegos, anhelos socavadores de regreso, surtidas querencias, hervían en esos locales, que revestían un embadurne tradicional de dimes y diretes. ¡Si se hubieran podido recoger sus trenos y truenos, el repertorio de hablillas! Animados albergues —horas de la sobremesa y de los atardeceres, con indefectibles notas saudadosas— manes del *Tupinambá* y de las horchaterías valencianas —aceras e interiores de Bolívar y López, de menos estruendo en el *París*, avanzado el 5 de mayo, hacia la mancha verde de la Alameda... Y en la Juárez, oteo del semicírculo al *Patricio* de la Reforma dedicado al reducido y un tantico señoritengo que aposentó *El Papagayo*. Reductos de fácil ubicación, casi de guía urbana, que se extendió, como mancha de aceite, a los más recatados, pero afluyentes a la Juárez, sendas «parada y fonda», del *Sorrento* León Felipe, institucional, a las cinco el *Palermo*, a espaldas de Pemex (lo nacionalizado, el petróleo, marca cardenista, honestísima trayectoria del licenciado Jesús Silva Herzog, que los sucesores, en equis medida, devaluaron).

La asiduidad y convivialidad —por veces chillona y abrupta— no cesaron de identificarse, de amplia manera, determinaron una costumbre arraigada y expansiva que tanto benefició a los dueños italianos de los concurridos locales. Para una prestigiación de lo flamantemente consuetudinario la batalla librada y ganada por los cafés y sus fieles tertulianos, desplazaron gradual pero inexorablemente los chafarrinones —estampa de tramposo folklore—, residuo de la era de la Revolución, de sus eslabonadas etapas y de la vecindad, abrumadora, del sur estadounidense y que persiste en la plétora peliculara de aquel sur postizo estadounidense. Esos «saloons» desaparecieron, como tales cantinas, en una década, aproximadamente. Dejaron de batir las dos hojas cortas de sus entradas, que permitían, en aparición sólo de cabeza y pies y se suspendió la fabricación de las plaquitas latonadas, blanco charolado, letra azul, donde rezaba la puritana advertencia que prohibía el acceso a «niños, mujeres y uniformados».

La pacífica, incruenta victoria de los cafés, capillas de parlanchines y oratorios de doctorales silencios, maliciosos guiños y estentóreas exclamaciones a rarificar, fue en esta mi recapitulación una de las más notables y duraderas aportaciones de los transterrados, unidas a su carácter de confluencia, en amistosas citas coeducadoras de jóvenes mexicanos y españoles, contagiados, los del país, de la atracción que beneficia la charla expresiva de inquietudes y anhelos, que los sitúa. El hábito cada vez más extendido.

Vinculación de tendencias y en repetidos fecundos ocios que nos remiten a los principales orígenes esta plausible singularidad, pues procede de un pedagógico venero. Las escuelas y colegios (los segundos, «Cervantes», sitios en la capital de la comarca lagunera, Torreón, en «aquella» Córdoba de Veracruz) se fundaron, mantuvieron y desarrollaron en correspondencia a necesidades comunitarias y de representación de los transterrados y al dictado de ideales educativos que, humanistas, recogían, a lo vivo y no a lo pintado, el «sentido legatario» de la Institución Libre de Enseñanza, aliviado de ciertos envaramientos por las holgadas traslaciones que tomaron carta de naturaleza en la Nueva España. Se disponía de un profesorado capaz, competente, vocacional, una de las modélicas contribuciones de que podía enorgullecerse la Segunda República. Proporcionalmente, en el ámbito de la capital, perduran el «Madrid» y el «Luis Vives» y continúan la magnífica labor, que data de 1939, en primaria y enseñanza media, incluidas las preparaciones para la incorporación a la universidad, donde sus alumnos gozaron —ayer, hoy, mañana— del prestigio que merecen sólida y pensante formación cultural.

Ilustres catedráticos, transterrados, impartieron sus conocimientos y metodologías y fomentaron una colaboración maestro-discípulo que ha ejercido admirable repercusión que, en las obras especializadas, importa consultar, y difundir, globalizadamente, en esta lucha contra la «desmemoria» y la dispersión cognoscitiva. Al apunte de ello me limito, ahora, por razones obvias. A título indicativo sólo citaré el concepto encomiador que me subrayaba, no ha mucho, Carlos Fuentes de su aprendizaje, en la Universidad Nacional Autónoma del humanista e ingenioso don Manuel Pedroso.

Uno de sus máximos exponentes, José Gaos, al que en buena parte se debe la inspiración y promoción de una escuela mexicana de filosofía o, para ser literalmente exactos, de unos sistemáticos estudios y meditaciones sobre lo mexicano específico y la mexicanidad. (Casi de modo simultáneo al menos en las resonancias y preocupaciones de teoría, la colección de esta temática, que encabezó Alfonso Reyes mediante el cierto título «Con la X en la frente»). Prolongación y adición refugio-hispánica, el mestizaje en sus meollos, a la premonitoria concepción de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y de la cultura en México*.

Debemos asimismo al maestro José Gaos el término —definición y concepto— de «transtierro». Su propuesto advenimiento se usó, marginal y preferentemente, en círculos intelectuales, filosóficos y ensayísticos. A la mayoría de los afectados, en nuestros medios, les parecía, sospecho, un tantico sofisticado. Pero no trascendió, cumplidamente, allí, y en las diversas fases de los retornos a España, y según la consensuada percepción —encasillados— de los estudiosos y en las particularizadas asunciones, cobró crédito desde las perspectivas de la Nueva y Vieja España. Porque, admitimos, el

«transtierro» es una constante existencial y social de España y de Iberoamérica, la aplicación fáctica, y no sólo nominal y jurídica, de la doble nacionalidad que proclamara la Constitución republicana de 1931 y que se ajuste a los vaivenes y azares de nuestro destino.

La convivencia profunda de mexicanos progresistas en la versión nada mecánica y sí calificadora, dado su propósito conjugador, y de los republicanos españoles transterrados, patentiza dos nobles e insólitas cualidades. No hubo lugar a fricciones de oficio y doctrina, impidió los pecados teologales, al ser unas inserciones cooperativas. Y de nuestro lado, la envidia, vicio endogámico y tribal, significó una rareza, lo absurdo. Nos intercambiábamos logros, nos complacían los éxitos y las palmarias aportaciones que no considerábamos «ajenas»; nos apoyábamos en ellas por su similitud con nuestros anhelos y finalidades concordantes. La connotación de Unamuno, vigente en la España anclada en lo secular, no tenía, respecto a los transterrados de México, razón de ser ni pretexto plausible.

Ahora, en un tímido intento de recapitular algunos de los «sentidos» del exilio—transtierro en México, y de México, diríamos, machadianamente, una vez más, he creído inexcusable repetirlo a mi aire, aquello de fundir la verdad con el palpito orgánico, que son indispensables estas bifocales guías que fijamos como reglas del juego —alternativamente fraterno y fratricida— de las «generaciones». Porque son varias y bien diferenciadas y, en penúltima instancia, con un denominador común, su inequívoca condición hispanoamericana, la más auténtica que registra la intrahistoria de estos cinco siglos, a punto de conmemoración.

Semejante tipo de clasificaciones agruparían, para mí, a personas conocidas, tratadas o referidas, que serían, hasta en abstracto, algunos de sus portavoces o elementos indicativos. Pero hoy no se ventila picotear mis proyectadas y pospuestas *Memorias*, sino de conseguir una visión genérica de coincidencias, contraposiciones, enlaces.

Inexcusable, estimo, proceder por orden —o expurgo— de edades, aspecto quizás intrincado, probablemente simple, dada la reducción tecnológica, cuando termine este polivalente siglo.

Lo iniciaremos con el rosario de los muy maduros y ancianos, entonces. Tendremos que alinearlos en tres sectores, poblados de obituarios, algunos sonados y notorios y los más de las hornadas populares, como brotados de la cotidianidad. Se alinean en las menciones de conjunto a los que merecieron, ostentaron o detentaron cargos políticos y militares —de los de «carrera», leales al régimen constitucional y a los que se capacitaran y ascendieron, a pulso, en la sucesión de batallas memorables, escaramuzas e incursiones guerrilleras, sin excepción por virtudes castrenses. Dado el cambio de «situación», se vieron precisados a faenas sustitutorias, que en su fuero interno reputaban irrelevantes. Soñaban —vías de alucinación— con el retorno. Eran laboriosas «clases pasivas», en una fantasmagórica «sala de espera», a fuego los había grabado «la ideología de siempre» y la nostalgia del «nunca más». De citar, en este retablo, algunos ejemplos de suma dignidad, de honestos y edificantes comportamientos, fácil es incurrir en lamentables omisiones y una voluntad ultraterrena —y no exagero— por imperativo de alta equidad me reprochara la manquedad de la escritura. Incluso no

los he transformado novelescamente, a costa de orillar tentaciones. Pero es un capítulo conmovedor que hasta literariamente se halla en blanco. Y si un día del mañana decidiera reunir, a compás de los recuerdos y de la documentación factible y consignaciones a esta derruida etapa, ¡cuántos corazones adheridos!, y de seguir el silencio que los envuelve los evocaría. No es suficiente una lista de nombres y apellidos, de categorías ubicadoras. El trasfondo, imborrable en nosotros, es su representación, de sus «simpatías y diferencias», la patética estela doméstica, sus comprensibles exabruptos, su cadena de callares y ensimismamientos. Lo sentimental y mental —en pátina— libra mayores oscurecidos combates, subyacentemente. Aún imagino divisar, por la calle Madero, en el tramo que apunta a San Juan de Letrán, el castizo chambergo y la plateada cabellera de Daniel Anguiano, líder sindical por excelencia. Y a su vera, que como viviente tanto testimoniaría, Amaro del Rosal, genuino asturianín.

Después, y de rasgosa manera, han figurado, con sobrados motivos, los que emprendieron sus derroteros académicos o literarios, en el período aledaño al estallido de la guerra civil (discúlpeleme la insistencia al agregar la mención fiscal, en cada circunstancia pertinente) internacionalizada con alevosas artes. En el acreditado marchamo de esa calidad pionera —en ocasiones precoz, aditivamente— se cifrarían Benjamín Jarnés, el más veterano, Ramón J. Sender, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Juan Chabás, José Díaz Fernández, Arderius, Arconada y Margarita Nelken. Se distinguieron, además, por su actitud democrática, liberal o marxista, en la que predominaban el trabajo, el acento y la adscripción literarios. Otrosí, firmas circulantes por sus colaboraciones en las revistas más prestigiosas de aquella época. (Cabe incluir, si bien fue transitivo en el exilio de México, el talento y la perspicaz donosura de Antonio Espina, tan ejemplar y original de estilo, asimismo). Obvio, dada su personalidad y tareas eminentes, *Cruz y Raya*, José Bergamín.

En cierto grado de semejanzas, pertenecen a ese encasillado literaturizador prosistas de la categoría y elegancia de Daniel Tapia, al que Azorín dedicó elogios de consagración. Con diferentes maneras, en distinta órbita, cabría encuadrar a Paulino Masip, comediógrafo de éxito y entidad, periodista sobresaliente. Velaban sus armas Ildefonso Manuel Gil, Ricardo Gullón. Y a Max Aub, que se desplazaba, desde su natal Valencia por sus viajes a varios confines peninsulares, con impulsiva periodicidad, a los cenáculos intelectuales, literarios y artísticos de Madrid. En el exilio-transtierro Paulino Masip y Max Aub, suministraron al cine mexicano, guiones y diálogos, mancomunados. Masip, autor de la impar novela, muy tardíamente publicada en España, *El diario de Hamlet García*, se dejó absorber por las muelles oportunidades películeras —holgados ingresos— mientras que Max reservaba en hábil porción sus facultades creadoras a la preparación e incubación de su obra en narrativa y cultivadora de los géneros circunvalados, preceptivos o inventados por sus luces y versatilidad.

De esos núcleos —la ola generacional en ciernes— que juzgábamos en continuidad, diferíamos los que de 1931 a 1939, pospusimos la realización y expresión literarias, por el imperativo prioritario, estimábamos, del mandato moral, cívico, republicano, de hispánica criba, sobre la marcha de tradiciones y modernidades. Era, opinábamos, una inmediatez integral, a tenor de una esperanza e ilusión que a lo popular, sin distracción alguna, nos encaminaba.

Y sólo cuando sufrimos la derrota militar y obligados nos vimos a interiorizarnos en el destierro, resurgió el amor —aplazado— por las letras e iniciamos la suspendida práctica (años finales de la dictadura esperpéntica y cínica, represora, con Martínez Anido, de la mediocre etapa primorriverista). Y reanudamos palpitantes vínculos con la palabra lenguaje, a compás de ardua reflexión, las vías de un redescubrimiento.

Toda una vibración, con perceptibles huellas político-sociales pero injertas en un propósito y textura artísticos. Con este giro se delineaba un vehemente intento de profundización, de revisiones. Era un empeñoso trance analítico. Empezábamos, surtidos de recurrencias posológicas, por el cero de la desmaña y en crisis de apasionamiento. Nos incorporábamos, sustentados por la intuición, creo que lúcida y plausible, a un «destino literario», extrañado de su ámbito natural y enfocado hacia hipotéticos futuros lectores. ¿Cuándo y cómo?

Completan la escala generacional los que, niños, adolescentes y en temprana mocedad nos acompañaron en el éxodo, exilio y transtierro, especialmente, para mi experiencia directa los que en México tuvieron que «implantarse». Los he denominado «cachorros», atenido —incomovible— a su época de llegada. Incluso entre ellos, por lógico influjo de más cuajada edad, jugaron importante papel. Si hoy, niveladas las circunstancias, la diferenciación, encarnan las rayas divisorias, y los puntos de concierto y discordancia, quedan mitigados o exaltados por su mestizaje cultural y fonético, lo que les presta más compleja y problemática cualidad, tanto por ellos mismos como por sus proyecciones. No se ha reparado cumplidamente en sus distintivos crecimientos, y apenas figuraban, con neto signo, en el panorama que aquí debían ocupar y respecto a los grupos antecedentes. Y en el país de acogida se desenvuelven con circulares ambigüedades. De otra parte, mientras no se adopte, en ambas orillas, una actitud de comprensión y la indispensable voluntad de entendimiento, la responsabilidad recaerá sobre nosotros, en equis medida, de una lamentable separación más y de la más empecinada ignorancia.

Interés y preocupación, en lo que a mis coetáneos y a mí concierne, de mi generación marcada, que destaca ya en los albores del transtierro, positivamente recogidos y con más extenso espectro temático en el texto de Marielena Zelaya Kolker, *Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939* (1985, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana) y a que se ciñe la tesis de Eduardo Mateo, dirigida por el catedrático José Carlos Mainer, *La segunda generación del exilio español en México: literatura*. Citamos también la tesis doctoral de Nathalie Jiménez, diciembre 1986, presentada en la Sorbona: *Diaspora ou enracinement? —Les republicains espagnols au Mexique—*, que se plantea, asimismo meritoriamente pero de carácter globalizador.

El tema-problema me importó vivamente desde sus manifestaciones primeras y tanto gracias a diálogos con sus protagonistas como en artículos, estudios y actos públicos he procurado plantearlo. Gran delicadeza, respeto y tono exigen la asunción y versión justas, al igual que sus eclosiones y desarrollo. Me tildarán de que pretenda fomentar una singularidad sólo en apariencia de prescindible entidad. Es más cómoda, sí, la inadvertencia y la abstención de cuño fatalista y de regalona pretextualidad. ¿No privan acaso las irresponsabilidades y por partida doble contribuimos a la ya discontinua y